

Entrevista con Margo Glantz

Cincuenta años de docencia

María Dolores Bravo y Blanca Estela Treviño

Autora de libros imprescindibles como Las genealogías, Sor Juana y Zona de derrumbe, para sólo mencionar unos cuantos, estudiosa del mundo novohispano, Margo Glantz cumple cincuenta años de docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En esta entrevista la escritora conversa acerca de su trayectoria creativa, académica y vital.

En este año has cumplido cincuenta años de labor docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En estas cinco décadas el tiempo ha sido el gran protagonista de tu aventura intelectual dentro de la Universidad y tú una gran testigo de su historia. De eso hablaremos en esta conversación.

Para iniciar esta entrevista, rescatamos una frase de tu libro Las genealogías: “Los recuerdos regresan siempre y nos quedamos anclados a un acontecimiento”. Háblanos de tus recuerdos, de los acontecimientos que han prevalecido en tu memoria cuando ingresaste a la Facultad en Mascarones donde seguramente nació en ti la vocación por la docencia.

La Facultad era pequeña, tranquila, divertida, como la ciudad. El aire era transparente y se veían los volcanes. Yo llegaba en un camión color café oscuro con rayas anaranjadas —el Santa María Insurgentes— parecido a otros camiones de colores diversos para los distintos barrios, la gente los distinguía por sus colores y no como ahora que apenas se da uno cuenta de que son camiones, pintados de arriba abajo con propagan-

da mercenaria o con retratos de políticos aspirantes a la presidencia; no quiero ponerme nostálgica ni retro: eran los años de 1947-1950. Había muchos maestros jóvenes, pero ya ilustres; a mí, como a todos los muchachos, nos parecían ya mayores: Edmundo O’Gorman, José Ortega y Medina, Justino Fernández, ligados con la filosofía de Heidegger gracias a los cursos del doctor José Gaos, llegado desde España después de la caída de la República. Una figura especial por su atractivo, su sabiduría, su entusiasmo era Paco de la Maza. Había otros maestros muy interesantes, ligados a la literatura, como el gran Alfonso Reyes. También Sergio Fernández, muy muy joven, recién regresado de España; buen maestro, pero enojón, Ernesto Mejía Sánchez, hablándonos de Darío y los modernistas; Rodolfo Usigli enseñaba teatro y a veces nos visitaba la actriz Isabela Corona. Los ineludibles profesores de literatura, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda, sobre todo Julio Torri y José Luis Martínez extraordinariamente joven y guapo. En el campo del arte don Juan del Encina, refugiado español que enseñaba Historia del Arte del Renacimiento y don Carlos Lazo, quien daba sus

cursos y verificaba si escribíamos correctamente lo que dictaba.

En los pasillos, sentados en las bancas o en las escaleras, los alumnos conversaban o noviaban: Manuel de Ezc u rdía, quizá Jorge López Páez, Consuelo Taracena, Mary Christen, Luis Rius, Tomás Segovia, Michèle Alban y Jomí Ga rcía Ascot de belleza balthusiana. Me acuerdo de Ida Rodríguez Prampolini con un traje sastre blanco, tacones altos y apoyándose en las columnas de la entrada, haciendo su aparición como estrella de cine de los años cuarenta, antes de casarse con el doctor O’Gorman. En el café del entre-suelo, lo atendían las perpetuas señoritas solteras que lo manejaban, refunfuñando, las “señoritas Secante”; tomábamos café o re frescos en las redondas mesas de madera oscura, enfrente, tal vez Ramón Xirau, Ricardo Guerra, Paco López Cámara —con quien después me casé— y Luis Villoro quien (aristotélicamente) solía pasearse alrededor de la estatua de fray Alonso de la Veracruz colocada en el centro del patio. A menudo apa reían los poetas Rosario Castellanos con sus cejas depiladas y su voz suave y Jaime Sabines, un joven delgado con bigotito y traje oscuro. La mayoría de ellos ya ha muerto.

En el primer piso de la Facultad, cerca de la Dirección —el director era don Samuel Ramos—, un local albergaba a los basfumistas Ernesto de la Peña, Daniel Dueñas, Gabriel del Río, se oía a Brahms en un tocadiscos antediluviano para discos de setenta y ocho revoluciones y se pontificaba sobre Kant. Eran las épocas del grupo Hyperión y las conferencias del existencialismo, entonces la sensación, lo realmente *in* con Jorge Portilla, Leopoldo Zea —secretario de la Facultad—, Emilio Uranga, Luis Villoro, Joaquín Sánchez Macgrégor...

Los maestros decisivos para mi formación no fueron ni Julio Torri ni Alfonso Reyes, a quienes luego estudié con más detenimiento. El primero era muy tímido y aburrido en clase, el segundo, muy brillante y ameno, pero apenas recuerdo sus clases: probablemente era yo muy roma. Los cursos de Historia del Arte son los que más me marcaron: Paco de la Maza quien enseñaba Arte Colonial Mexicano y todos los domingos nos llevaba a recorrer conventos del siglo XVI e iglesias barrocas, clases y excursiones que aún recuerdo nítidamente; Justino Fernández y Juan del Encina fueron también decisivos, y Allan Lewis, profesor exiliado en México por efectos del macarthismo, a finales de la década de los cuarenta, quien nos enseñaba Historia del Teatro y cuyas clases me permitieron luego entender los movimientos teatrales europeos durante el periodo de 1953 a 1958, años que pasé en Francia estudiando el doctorado, siguiendo cursos en el Louvre, y yendo al teatro y al cine con asiduidad y entusiasmo.



Margo Glantz

Al hablar de estos episodios es inevitable aludir a los años previos de tu educación, a tu entorno familiar, a la figura decisiva que fue tu padre en tu vocación por la literatura y en tu personalidad como escritora. Coméntanos tus apreciaciones al respecto.

Quizás una de las cosas distintivas de mi entorno familiar eran los libros. La cultura era muy importante para mis padres. Apenas llegados a México, trataron de relacionarse con la cultura, especialmente mi padre; se vincularon además con los medios culturales de los judíos que ya residían en México, con las asociaciones donde se congregaban los judíos que habían llegado de Europa. Mi padre tuvo una influencia indirecta en mi formación: su biblioteca y su propia figura, sentado ante una máquina de escribir con caracteres en yidish donde tecleaba todos los días con los dos dedos gordos de las manos. Yo leía al azar lo que encontraba en ese conjunto de libros desordenados fundamentalmente en yidish y en ruso, pero también en castellano.

Mi padre nos incitó a la lectura sin que directamente se preocupara de lo que leíamos, pues podíamos leer las cosas más diversas y de manera muy desordenada. Yo era la más lectora de las cuatro hermanas, quizá la más tímida. Cuando cumplí catorce años ingresé a una organización sionista de izquierda donde había una gran biblioteca circulante que me permitió estar al tanto de la gran narrativa norteamericana que se estaba gestando en los años cuarenta, la literatura en lengua alemana de quienes habían sido expulsados de todo el territorio donde se hablaba alemán, publicados especialmente

En la Universidad me eduqué, me formé y he formado a mi vez varias generaciones de estudiantes.

en Argentina: Thomas Mann, algunos judíos como Hermann Broch, Stefan Zweig o Jakob Wasserman. Allí comencé a leer a Faulkner y a Kafka traducidos por Borges. Y otros textos de autores norteamericanos como Theodore Dreiser, Sinclair Lewis, John Dos Passos, Upton Sinclair, Fitzgerald, Hemingway, Sherwood Anderson. Después, leí a Melville y a Poe en la Facultad. Desde los trece años, me acerqué a Dostoievski, a Tolstoi, a Chejov, fundamentales para mi formación; las obras de Faulkner me conmovieron y me turbaron y no puedo asegurar que las haya entendido. En casa había colecciones de poesía, yo conservo una que inicia en la época grecorromana y llega hasta Leopardi. En la adolescencia hojeaba y leía a los clásicos: a Calderón de la Barca, a Shakespeare, a Lope de Vega, a Cervantes, en ediciones Aguilar: mi universo de lecturas fue muy amplio. Debido al amor que mi padre profesaba a la poesía, su biblioteca contaba con un número considerable de poetas mexicanos. Conoció a la generación de Contemporáneos y tenía sus libros.

En 1953 partiste a París a realizar los estudios de doctorado. Regresaste a México en 1958, para entonces la Facultad de Filosofía y Letras se había trasladado a Ciudad Universitaria. Desde entonces, casi ininterrumpidamente, has enseñado en este legendario recinto universitario. ¿Podrías hacer un recuento de tu trayectoria en la Facultad?

En 1959, María del Carmen Millán, secretaria de la Facultad con el doctor Francisco Larroyo, me invitó a participar en los cursos de teatro que impartía Allan Lewis. Era un magnífico maestro, generoso, ameno y erudito: acabé usurpando su puesto sin quererlo ni deberlo. Así, empecé a dar clases en la Facultad, de Historia del Teatro. Me asignaron dos cursos, uno de Historia del Teatro Clásico, y otro de Teatro de los Siglos de Oro donde estudiábamos a los grandes dramaturgos. Recuerdo a un alumno que me dijo: "...qué buen escritor es Lope de Vega, lástima que escriba en verso", y otro, "Maestra Glantz, quisiera ser Chespír para que usted se enamorara de mí". En Teatro Clásico leíamos a Esquilo, a Sófocles, a Aristófanes, a Plauto, a Menandro. Desde los trece años mi padre me invitaba a Bellas Artes donde escuché las sinfonías de Carlos Chávez, las obras de Brahms, Beethoven, Stravinski; mi primera ópera fue *Eurídice* de Gluck, a Orfeo lo interpretaba la contralto Oralía Fernández. Con Brahms me aburría terriblemente, pero me fui haciendo melómana. Cuando

llegué a Europa, además de trabajar en mi tesis, me aficioné a visitar los museos, tomé cursos de teatro francés y asistí a muchas funciones de teatro del absurdo; me tocó una época sensacional: Beckett con *Esperando a Godot*, actuado por Roger Blin o *La cantante calva*, *La lección* y *El rinoceronte* de Ionesco en el teatro de La Huchette en el barrio latino, en esa época un barrio agitado, turbulento, verdaderamente parisino, hoy lleno de vitrinas de diseñadores y pocas librerías. Iba frecuentemente al Teatro Nacional Popular dirigido por Jean Vilar y admiraba las actuaciones de Gérard Philippe, Margarita Moreno, María Casares, etcétera. Compraba una revista maravillosa llamada *Théâtre populaire* donde Barthes escribía sobre Racine y Brecht.

Gracias al teatro, estuve en contacto con gente que posteriormente sería fundamental para mi historia académica. Al regresar a México tenía ya una buena preparación en el campo de la dramaturgia, gracias a los teatros de repertorio de la Comedia Francesa, el Teatro popular y los festivales del Teatro de las Naciones donde se representaban obras de teatro universal. Estuve enseñando en distintos planteles de la Escuela Nacional Preparatoria hasta 1966, año en que obtuve el tiempo completo en la Facultad de Filosofía.

Dentro de esta aventura amorosa que ha sido para ti la docencia, constatamos que has incursionado de manera rigurosa en diversos territorios del conocimiento literario, en variadas asignaturas que conforman el vasto mundo de la literatura y sus diversos géneros. Coméntanos sobre esta experiencia y si con el tiempo alguna de estas cátedras orientó tus afanes docentes hacia cierta área, o bien, definió en ti cierta especialización. Estamos pensando en tu dedicación a la literatura mexicana, tanto del siglo XIX como del XX o bien, en tu pasión por sor Juana.

Empecé en la Facultad dando clases de teatro, seguí con cursos de literatura comparada y de literatura latinoamericana. Combinaba la historia del teatro con la historia de la literatura. Bueno, más bien, eran cursos monográficos. Trabajé mucho a Borges y a los autores del *boom*, Carpentier, García Márquez, Cortázar, Oetti, Cabrera Infante, Sarda. También impartí muchos cursos sobre literatura comparada. Siempre he sido una lectora voraz y apasionada, así que los cursos y las lecturas iban de la mano.

Años después, me casé de nuevo, me fui a vivir a los Estados Unidos, y cuando regresé a la Facultad me

ofrecieron los cursos de Literatura Mexicana y los acepté con mucho gusto, recordaba desvaídamente mis clases con Monterde, Torri, Jiménez Rueda, también con Alfonso Reyes, Usigli y Rafael Heliodoro Valle, que era magnífico.

Me fascinó y hasta la fecha me sigue fascinando impartir clases de literatura mexicana. También di clases de literatura universal en primer año de licenciatura con gran entusiasmo, los muchachos eran atentos, frescos, ansiosos de aprender y sus preguntas, a veces un poco absurdas, eran siempre formidables. Estos cursos me permitieron insertarme de nueva cuenta en un contexto mexicano, ya que en Estados Unidos nunca me gustó demasiado enseñar. Trabajábamos y leíamos mucho. Nos apasionábamos, no sé si yo más que ellos.

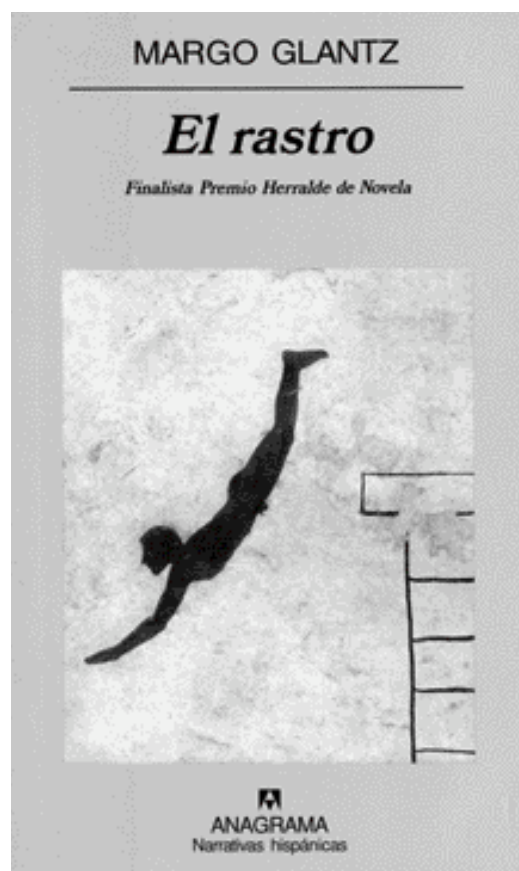
Por ese entonces empecé también a trabajar las *Crónicas de la Conquista*. Este proyecto se interrumpió porque en 1982 ingresé a la SEP donde me desempeñé como directora de Publicaciones y Bibliotecas y seguí impulsando la labor de difusión de la literatura mexicana: se reimprimieron varios títulos de novelas mexicanas del siglo XIX, en tres colecciones de treinta libros cada una, primero en la SEP, luego en Bellas Artes, donde trabajé de 1983 a 1986, planeé y dirigí la *Guía de forasteros*, con alumnos de la Facultad —Enrique Flores, Mauricio Molina— y otros colaboradores, entre ellos, varios artistas plásticos, los Castro Leñero, por ejemplo.

A mediados de 1986 me trasladé a Londres como agregada cultural de la embajada mexicana. Esta experiencia significó una ruptura muy fuerte. Empecé a participar asiduamente en congresos en ciudades europeas: Oxford, Cambridge, Essex, Praga, Siena, Dubrovnik, Viena, París. Este segundo viaje a Europa amplió mis horizontes en cuanto a posibilidades de encuentro con otros intelectuales, académicos y escritores.

Regresé de Londres dos años después y retomé el proyecto de las *Crónicas de la Conquista*: son maravillosos los grandes cronistas. En 1988 me invitaron a elaborar una antología de sor Juana para la Biblioteca Ayacucho de Venezuela. Me asusté porque conocía a la monja novohispana como podría conocerla cualquier profesor de literatura mexicana que no la ha estudiado de manera profunda. Primero pensé en declinar la oferta, pero Sergio Pitol, del que he sido amiga durante muchísimos años, me aconsejó: "...mira Margo, me parece que deberías de aceptar el reto, tomar lo de sor Juana, trabajar con tesón; además todo el día te la pasas quejándote de Paz y dices que estás en desacuerdo con *Las trampas de la fe*; entonces, ¿por qué no haces un estudio sobre ella, tú? Si no estás de acuerdo con Paz, argumenta tus desacuerdos y trabaja".

Acepté y gracias al director de Ayacucho, buen amigo mío, pude dedicarme varios años al libro y publicarlo en 1994. Trabajé de manera intensa durante cinco años y conté afortunadamente con la ayuda de María Dolores Bravo quien aceptó organizar la cronología y la bibliografía de la edición. Su ayuda fue invaluable y generosa. La edición quedó bastante bien. Desde ese momento sor Juana se convirtió en mi caballito de batalla.

Ahora bien, varios de los temas sobre los que he trabajado en mis cursos suelen trasladarse a mis escritos de ficción. Pasaron a *Síndrome de naufragios* las *Crónicas de la Conquista*, los autores que trabajé en mis cursos de comparada, De Quincey, Virginia Woolf, Dante, Baudelaire y muchos otros más. Utilicé también el tema de las ballenas, me interesaban como personajes. Soy bastante creativa en el ensayo pero según las categorías políticamente correctas, no soy creador si no se practica la ficción. Y en la ficción tampoco soy ortodoxa, literariamente hablando. Publiqué varios libros no muy vendibles en el mercado, quizás aceptados en otro ámbito, no en México y menos provenientes de una escritora que empezaba a publicar ficción a los 47 o 48 años. Joaquín Díez-Canedo de la editorial Joaquín Mortiz me dijo, cuando le llevé mi primer libro *Las mil y una calorías, novela dietética*: "Si Gaos hubiera escrito este tipo de libros, lo hubiera publicado, pero



no a usted, Margo”. Decidí publicar a cuenta de autor este primer libro y el de las ballenas.

Evidentemente, muchos de mis ensayos no existirían si no hubiera sido por mi trabajo en la docencia. Otros textos que no he trabajado en clase, los canalizo a los periódicos donde empecé a escribir desde los años sesenta: En *El Gallo Ilustrado*, *Diorama de la Cultura*, *Siempre!*, donde casi siempre escribía de teatro. Hacia 1977, apareció por entregas en el diario *Unomásuno* mi libro *Las genealogías*. Ahora colaboro en *La Jornada* con textos relacionados con asuntos diversos que reflejan mis obsesiones que también están presentes en mis viajes, tema de mi próximo libro que ya está muy avanzado y aún no tiene título.

Como ya lo dije hace un momento, tanto *Síndrome de naufragios*, como *No pronunciarás* tienen relación con diversos autores que he examinado en mis cursos. *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos* es una exploración sobre el pelo, una excrescencia corporal que ha influido de manera determinante en la antropología cultural y en la literatura, en suma, un libro vinculado a mis investigaciones y obsesiones: aparece el cabello en la *Biblia*, en *Gilgamesh* y en el *Libro de los muertos* de los egipcios, los poetas del Siglo de Oro, en Shakespeare, en San Juan de la Cruz, en los salones de belleza, en los patíbulo, en las reseñas periodísticas, en la publicidad. Me percaté de su importancia en *María* de Jorge Isaacs, en Efrén Rebolledo, en Hemingway. Adoré a King Kong y la revolución de cabellos largos

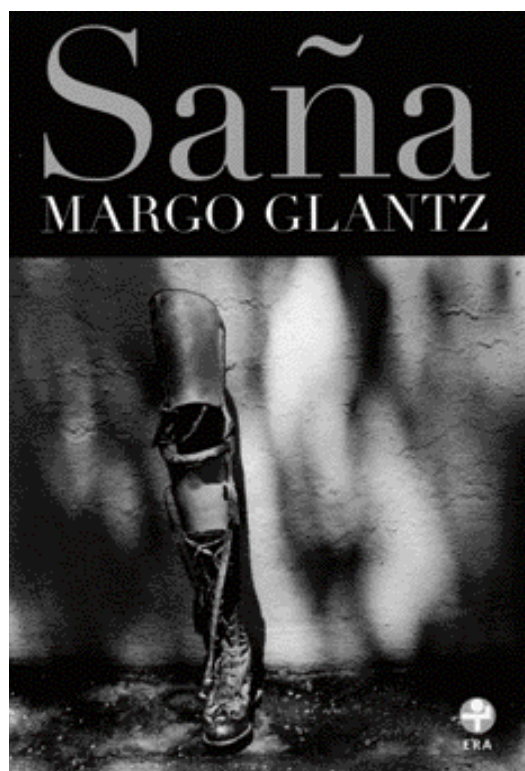
que impusieron los Beatles. En Calderón de la Barca, el cabello es un elemento esencial en *La vida es sueño*, en *La hija del aire*, en *Las manos blancas no ofenden*, etcétera; también en los romances, en las gestas heroicas, en el *Libro del buen amor*, en Flaubert, en Mann, en el cine. Un libro fundamental para mi escritura es *Apariciones*: sor Juana es allí una figura significativa y las monjas novohispanas, sus contemporáneas. Para mi novela *El rastro*, Sor Juana fue también fundamental. Aparece desde el principio, en el epígrafe, con uno de sus sonetos; en segundo lugar como tema general del libro, el corazón, presente también en la obra de la monja; gracias a María Dolores Bravo, tuve a mi disposición varios sermones cuyo tema principal era el corazón y los utilicé para mis clases y para escribir mi novela. También examino un rito y una devoción surgidos en torno al Sagrado Corazón de Jesús, esbozados apenas en tiempos de sor Juana pero con antecedentes ya desde la Edad Media.

En diversas ocasiones has afirmado que no concibes el ejercicio de la docencia sin la investigación, pues se retroalimentan sin cesar. Dada la multiplicación de los conocimientos y métodos literarios que implican una actualización permanente en nuestro campo, ¿cómo has sorteado estos desafíos en tu vasta labor como profesora e investigadora?

A mí me interesa mucho la teoría y estoy vinculada con ella, la he utilizado, pero no soy especialista en ninguna teoría en particular. No puedo analizar un libro basándome sólo en Foucault, Derrida o Barthes, aunque me gusten mucho. Pienso que cada quien elabora su propio método de lectura y de análisis. Leo ahora de nuevo a Walter Benjamin, estudio algunas de sus obras que no conocía; leo con apasionamiento a Giorgio Agamben. Cuando entré a análisis mi analista decía cuando conversábamos o cuando comentaba mis ensayos: “Eso que usted dice está en Lacan”. Qué bueno, me encanta el comentario, pero apenas si lo he leído, es muy difícil y a veces no lo entiendo. Pero algo de lo que descubrió Lacan, lo fui descubriendo poco a poco, no porque sea un genio sino porque al analizar un texto profundamente se encuentran cosas que coinciden con los que otros han descubierto.

Tu larga y fecunda trayectoria de cincuenta años en la Universidad te ha permitido participar activamente dentro del campo de la docencia, la investigación y la difusión de la cultura. Coméntanos cuáles han sido tus mayores satisfacciones en estos ámbitos.

Para mí ha sido muy importante la docencia. Creo que es lo que más gozo, donde me expreso mejor. Además piensa una en cosas que no se te habrían ocurrido si no las expusieras en clase dialogando con tus alumnos. Los alumnos ayudan muchísimo, son maravillo-



sos. Me gusta poner por escrito lo que descubro en clase. No he logrado cumplir con varios proyectos de libros que hubiesen podido surgir de mis anotaciones de clase porque no me ha dado tiempo o porque no he tenido la fuerza para terminarlos. Me gusta enormemente escribir ficción, investigar y también ocuparme de la difusión de la cultura, actividades sustantivas de nuestra Universidad. Creo que un momento importante de mi vida fue cuando fundé la revista *Punto de partida*, me dí cuenta de que la Universidad necesitaba abrir un espacio para los estudiantes, un lugar donde pudiesen publicar y compartir con otros estudiantes y profesores los ensayos entregados como exámenes de fin de cursos o la actividad creativa que produjesen. *Punto de partida* fue importante porque los estudiantes encontraban, independientemente de la disciplina a la que pertenecían, otras fuentes de lectura y dialogaban con sus compañeros de otras facultades. *Punto de partida* lleva ya cuarenta años publicándose.

Muy gratificante fue colaborar con Radio Universidad, durante más de dos décadas, y también en la Dirección General de Difusión Cultural, en la Casa del Lago, en el CUT. Voy a recopilar mis programas de Radio porque en ellos hablé de temas de los que trataba en mis clases y que no recogí en libros ni en revistas.

Otra experiencia interesante fue tener puestos directivos dentro y fuera de la Universidad. Fuera de ella, pude difundir lo que se hacía allí y dialogar sobre ello en otros ámbitos y otros países. Mi puesto en Publicaciones de la SEP me permitió poner en marcha, continuar o innovar proyectos fundamentales, y aunque en algunos me equivoqué, varios fueron magníficos, como las ediciones de *La matraca* o los cinco tomos de la *Guía de forasteros* en Bellas Artes; organizar simposios, talleres, concursos, etcétera.

Háblanos de los acontecimientos más significativos y perdurables de tu vida como universitaria en el transcurso de estas cinco décadas.

El primero es el haber llegado a la Universidad y ocupar un puesto en el recinto donde había cursado la prepa. También entrar a la Facultad, cosa que me hubiera parecido un sueño vano cuando estudiaba en Mascarones. Me conmovió la primera vez que participé como jurado en un examen de maestría, con los maestros Ruelas y Wagner. Yo era joven y ellos unos señores. Wagner era muy guapo, no puedo decir lo mismo de Ruelas. Yo llevaba puesto un traje sastre de cuadritos negros y blancos, muy bien cortado y con botones negros de piel. Me acuerdo muy bien. Estaba bien peinada. Me veía bien. Hice preguntas tímidas. Poco después fui jurado en otro examen. Miguel Sabido me dijo: "Ay Margo, pensé que eras elegante, pero en el examen parecías inteligente". Sin comentarios.

Ha sido divertido, placentero, provechoso enseñar en la Facultad. ¿Qué otra cosa me satisfizo mucho? Hacer *Punto de partida*. Que los números salieran bien y que contase siempre con material para la revista. Me impresionó mucho el movimiento del 68, los mítines, estar en el Zócalo con el sol a plomo sobre nuestras cabezas, pasar junto a los tanques sin tener miedo, gritar consignas, recorrer la ciudad con Barros Sierra, Solana, los González Casanova, Margit Frenk y Antonio Alatorre. Todos estábamos felices, creíamos que íbamos a resolver los problemas de la Universidad y los de México entero, los problemas que aquejaban a nuestra Universidad. Muchos de quienes estaban en *Punto de partida* participaron en el movimiento del 68.

Háblanos de los reconocimientos que la Universidad te ha otorgado...

Todo se ha ido encadenando, tardíamente, durante mucho tiempo no obtuve premios. Cuando me dieron el premio Magda Donato por *Las genealogías* en 1982 me pareció extrañísimo, tenía 52 años; después me dieron el Villaurrutia por *Síndrome de naufragios* a los 54, el Premio Universidad Nacional en 1991, becas como la Rockefeller o la Guggenheim y, ya en el siglo XXI, los premios Sor Juana Inés de la Cruz en 2003 y el Nacional de Ciencias y Letras en 2004. A mí me hubiera gustado dirigir Radio Universidad o la *Revista de la Universidad* y nunca las obtuve. Ni modo. Me nombraron profesora emérita en 1994, varios ex alumnos, empezando por ti y María Dolores Bravo, juntaron firmas. Juliana González me propuso. Antes fui finalista del Premio de Novela Herralde, me pareció curioso, eso de que a mi edad fuera apenas finalista era un tanto absurdo. Luego obtuve el Premio Sor Juana Inés de la Cruz por *El rastro*: lo viví como una justicia poética por mis trabajos sobre la monja. Fue posterior el Premio Sor Juana Inés que otorga la Universidad.

En el transcurso de estos cincuenta años, ¿cuáles son los sucesos históricos que consideras más importantes en la vida de la Universidad? ¿Cuál es la importancia de la Universidad en el desarrollo cultural de México?

Yo estaba en la Preparatoria 1 en los tiempos de las grandes huelgas. No me tocó obviamente la pelea por la autonomía universitaria, pero todavía quedaban resabios de esas peleas cuando entré a la Preparatoria en 1945. Era una época muy politizada, los estudiantes participábamos en mítines, en huelgas. Íbamos a oír los discursos de Lombardo Toledano. Íbamos a ver películas rusas en el Instituto Mexicano Ruso. Estar en Mascarones fue vital. Me tocó una época en que no había maestros de carrera y los maestros vivían en condiciones muy difíciles, tenían que dar clases en veinte partes al mismo tiempo. Sin embargo, tuve maestros

extraordinarios en la Prepa. Un profesor de etimologías que se apellidaba Puga y era coronel. Un ingeniero apellidado Escalona nos dio geografía, era muy reaccionario, pero buen maestro. Tuve la suerte de seguir Literatura Universal con don Erasmo Castellanos Quinto y Teoría Literaria con Agustín Yáñez.

Participé, por ejemplo, en una manifestación en contra de la visita a México del vicepresidente Nixon y en esa ocasión mandaron a la cárcel a José Luis González. También participé en otra que pretendía salvar a los esposos Rosenberg de la silla eléctrica. Allí vi a Frida Kahlo, conocí a Sergio Pitol y a Luis Prieto, y quizás a Carlos Monsiváis. Ahora esa época me parece heroica. En la Facultad se estudiaba y se novió, se tomaba café, se chismeaba. Tenías novio y espías los noviazgos de los demás. Luego me fui a Europa y cuando regresé me tocó Ciudad Universitaria, que estaba desierta, no había coches. La Facultad de Filosofía era nuevecita, limpiecita, no había casi alumnos y muchos de los que entonces había, estarían hoy en la Ibero. Era comodísima, sobraba lugar por todas partes. Los mosaicos de la Biblioteca Central estaban flamantes. Fue en los tiempos del rector Garrido, del doctor Chávez, la época gloriosa de la *Revista de la Universidad* dirigida por Jaime García Terrés. Más tarde, la época de *Los Universitarios* dirigido por Margarita García Flores... que era muy divertida, muy loca y hacía un periódico universitario que tuvo mucho éxito, un complemento de la *Revista de la Universidad*. En México se estaba al tanto de todo lo que pasaba en el mundo. Los suplementos literarios eran extraordinarios. Lo que se presentaba en la Casa del Lago era único y también en el teatro de El Caballito. En Coapa estuve vinculada con Héctor Azar, que como yo, daba clases de teatro en la Facultad y en la Prepa 5, allí fundó el famoso teatro en Coapa. Cuando empezó a dirigir el CUT yo impartía cursos fascinantes sobre teatro contemporáneo, clásico y mexicano, participé en las giras del Teatro Universitario y escribía reseñas teatrales en *Siempre!* Enseñé teatro asimismo en la Escuela de Teatro de Bellas Artes y en la Casa del Lago teatro de los Siglos de Oro español cuando lo dirigía José Luis Ibáñez. La ciudad era relativamente pequeña, se iba de un lado a otro sin pensarlo dos veces, del teatro de Arquitectura donde se escenificaba una puesta de Héctor Mendoza a la Casa del Lago donde dirigía Gurrola y estuvieron Tomás Segovia, Juan José Arreola y Juan Vicente Melo. Lo que era importante en la cultura en México se hacía en la Universidad. Ya había terminado el gran proyecto de *Poesía en Voz Alta* con Octavio Paz, Juan José Arreola, Juan Soriano y los directores jóvenes ya mencionados, patrocinados por la Universidad. Max Aub hizo de Radio Universidad un centro cultural de primer orden, con Monsiváis, Sergio Guzik, Nancy Cárdenas, Juan

López Moctezuma, etcétera. Lo que hacíamos exigía estar al tanto de todo y que los programas fuesen ágiles, divertidos, inteligentes. Aprendí a resumir y a hacer diálogos en la radio.

El 68 fue el parteaguas. Luego vinieron las embestidas, la pulverización, la fragmentación y se buscó que la Universidad quedase aislada. Empezó la pugna para favorecer a las universidades privadas. Cobró mayor relevancia académica y mayor solemnidad El Colegio de México. Tenía amigas que trabajaban en el Colegio y desde la Prepa 1 nos íbamos a la calle de Sevilla. Ahí conocí a Alejandro Rossi, a Elena Poniatowska, a Juan José Arreola, a Margit Frenk, a Antonio Alatorre, a Augusto Salazar Bondy, a José Durand, a Raymundo Lida, a don Pedro Urbano de la Calle, a don José Miranda, a don Agustín Millares Carlo, a Tito Monterroso.

Hice giras con la gente del Centro Universitario de Teatro en la década de los sesenta. Seguía dando clases en la Facultad. He tenido alumnos maravillosos, muchos de los cuales se han convertido en mis grandes amigos. Me acuerdo que dábamos clases Rosario Castellanos y yo y la opinión se dividía en decidir quién de las dos era mejor, quién, la más divertida, quién, la más sabihonda. Creo que Rosario era mejor que yo, una mujer maravillosa a quien conocí bien.

Cuando entró Pablo González Casanova me nombró directora del CELE. Empezaron a hacerse los CCH y formamos un comité con varias personas para conformar el Plan de Estudios. Ahora que te lo digo, advierto que todos los años que he estado en la Universidad han sido espléndidos. Ha habido cambios fundamentales en el país, en la Universidad, y huelgas que han pretendido acabar con ella. Pero la Universidad, como la tierra alrededor del sol de Galileo, sigue moviéndose. Hemos tenido huelgas, una de las más nefastas por las complicaciones que trajo fue la que tuvimos en 1999, año en que la Universidad casi se viene abajo. Me quito el sombrero ante el doctor Juan Ramón de la Fuente quien en ocho años logró dar a nuestra Casa de Estudios una nueva estabilidad, un nuevo orden, un nuevo prestigio internacional, y el Rector actual, el doctor José Narro ha mantenido un discurso admirable en circunstancias adversas para la Universidad.

Sin la Universidad no puedo concebirme, ingresé a ella cuando tenía quince años. Sigo vinculada a ella porque sigo investigando y estando en relación con los estudiantes. Me gustaría volver a dar clases en la Facultad, pues hace dos años que no lo he hecho, pero me he vuelto itinerante y ya no tengo tiempo para concertar un semestre. Cuando doy clases, ya se trate de grupos pequeños o grandes, advierto que siempre hay gente sobresaliente que me estimula y recobro el entusiasmo. Cuando hace poco visité tu clase para conversar sobre

El rastro, tus estudiantes me hicieron muy buenas preguntas que me emocionaron mucho. Los alumnos de posgrado de Rosa Beltrán hicieron comentarios estupendos que me mostraron cómo saben leer entre líneas, son creativos, agudos, y lo mismo podría decir de los estudiantes de Anamari Gomis. Me encantaría volver a dar clases en primero de licenciatura, los alumnos son receptivos y no están maleados, pero ya no tengo fuerzas para corregir trabajos.

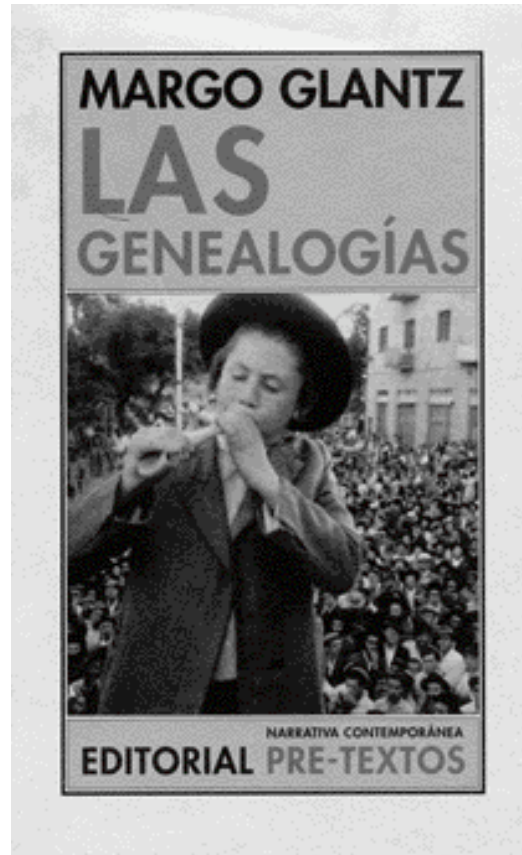
El reconocimiento internacional que has obtenido como profesora y escritora te han hecho, por así decirlo, una académica itinerante que ha impartido cursos en diversas universidades de Estados Unidos, de América Latina y de Europa. En ese horizonte ¿cómo ves la calidad de la enseñanza en la Facultad?

La Facultad ha tenido altibajos. Yo creo que hay maestros de gran valía. Cuando entré a la Facultad de Filosofía había gente de primera, pero no todos eran buenos maestros. He enseñado en universidades muy prestigiosas como Yale, Princeton, Harvard y puedo asegurar que he tenido a veces alumnos excelentes. He dado clases también en Barcelona, en Alicante, en Valencia, en Viena y otros lugares.

En Stanford, donde estuve en 2005, impartí un seminario y asistían a mi clase como diez chicas, la mayor parte de ellas chicanas —ahora *Hispanic*—, y mi experiencia fue magnífica, un curso muy activo que funcionó muy bien. Depende del año o del grupo que te toque. También noto una diferencia esencial en cuanto a los niveles. Me siento más a gusto en una clase en México porque siento que los alumnos, flojos o no, letrados o iletrados, muestran mayor interés y te dicen cosas más interesantes en la licenciatura. A veces leen menos, no trabajan demasiado por distintas razones: o no tienen dinero o trabajan o tienen que viajar mucho para llegar a la Universidad. No obstante, he tenido alumnos de una brillantez impresionante, como muy pocas veces los he visto en otros países. Yo creo que la Universidad está a la altura.

De 1958 a la fecha, la Universidad se ha transformado vertiginosamente debido a sucesos de orden político, social, económico y tecnológico. ¿Cuáles son a tu juicio los desafíos que enfrenta la docencia en la UNAM en estos tiempos de globalización?

Yo pienso que a la Universidad le corresponde enfrentar los problemas más importantes de México. En otras universidades públicas no hay investigación, la Universidad sí la hace en todas las carreras y con pocos medios logra resultados muy buenos. Yo sé, por ejemplo, que muchos alumnos tienen que irse de México porque no encuentran aquí el material que necesitan para poder seguir investigando, pero yo creo que con



voluntad política y con trabajo, como lo probó Juan Ramón de la Fuente y ahora José Narro, la Universidad puede seguir ocupando uno de los lugares más destacados en el campo de la educación y en la formación de una sociedad civil consciente. Muchas cosas han quedado pendientes. Si le dieran más dinero a la Universidad y hubiera menos gasto en la burocracia, aumentaría el presupuesto para las investigaciones. Y sin embargo, con todo, la Universidad sigue siendo el lugar donde se realiza la mejor y más abundante investigación tanto en las ciencias como en las humanidades en nuestro país.

Redundaríamos en algo que se ha traslucido a lo largo de la conversación. ¿Qué te ha dado la Universidad, Margo, en estos cincuenta años?

Ya lo dije ¿no? La Universidad es mi alma máter, en serio, sin cursilerías, aunque por desgracia no siempre hable el espíritu, sí lo es. Aquí me educé, me formé y he formado a mi vez varias generaciones de estudiantes. Nunca me he arrepentido de ser profesora. Además en nuestra Universidad investigué, la mayor parte de mis libros se han gestado en ella, han salido de mi experiencia como profesora e investigadora. La libertad de cátedra es absoluta: la Universidad me lo ha dado todo. **U**